

Humanitas

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos
de la Universidad Autónoma de Nuevo León

2006

No. 33



UANL

DON QUIJOTE Y EL VALOR DE LO CABALLERESCO

† Dr. Agustín Basave Fernández del Valle
Director fundador del Centro de Estudios Humanísticos

Palabras Preliminares

¿Cómo hablar de *El Quijote* —piensa el común de la gente— sin caer en el trillado lugar común, en la fosilizada interpretación?

Es cierto que los siglos han ido acumulando multitud de comentarios de todo género y sabias exégesis eruditas. Pero no hay que temer; no se ha dicho todo y nunca se dirá todo mientras haya vida sobre la Tierra. La potencialidad de las grandes obras como *El Quijote* es inexhaustible. Esta misma novela, con el avance de los tiempos, puede ser mejor comprendida, más profundamente vivida. *El Quijote* no padece —no debe padecer— la rigidez de las estatuas y la inmovilidad de los museos. “El síntoma de los valores máximos —ha dicho José Ortega y Gasset— es la ilimitación”.

No soy filólogo y sólo gusto de la erudición en pequeñas dosis. Mi vocación, definida y probada, es filosófica. Por la meditación y el análisis he tratado de contemplar en *El Quijote* su más íntima textura y su valor primordial. Sobre lo anecdótico y lo libresco he querido poner lo constructivo y lo reflexivo. Quisiera agrupar en torno a unas cuantas líneas directrices —y acaso alrededor de un supremo valor— el contenido de la obra maestra de Cervantes. Al enfrentarme con mi propósito, han surgido en mi conciencia problemática una bandada de interrogaciones. Vayan aquí unas cuantas: ¿Hay una filosofía de *El Quijote* o cabe más bien hacer una filosofía sobre *El Quijote* como obra de arte? ¿Cuál es el verdadero *Quijote*, el *Quijote* del autor o el *Quijote* del lector?

Entre el *Quijote* de Cervantes y el *Quijote* de cada lector, ¿no habrá siempre la posibilidad de contemplar esa obra de vida humana plasmada? ¿Cabe hablar de *El Quijote* como portador de un valor? ¿Puede ser considerado el quijotismo como una actitud vital hispánica? ¿Cómo encaminarnos hacia una axiología de *El Quijote*? ¿Cuál es, en última instancia, el mensaje de *Don Quijote*?

Más que la cabal solución de los problemas enunciados, quisiera trazar caminos, proponer criterios de comprensión, incitar a una visión directa de la obra literaria en la lengua española que ha sido más propagada y encomiada en el mundo. Mi estudio es primordialmente axiológico. Resulta bastante extraño el hecho de que no se haya intentado aún una comprensión de *El Quijote* a la luz de la teoría de los valores.

I -¿Filosofía de *El Quijote* o Filosofía sobre *El Quijote*?

La imagen espiritual del hombre no sería completa sin *El Quijote*. Justamente por ello, el personaje "Don Quijote" entró a formar parte de los cuatro o cinco entes de ficción imprescindibles en la literatura universal. *El Quijote* es hijo de España, genio tutelar de la raza y típica encarnación del *homo hispanicus*. Pero es algo más, es el hombre universal y eterno, el hombre específico cristalizado por el sublime crisol del arte.

Se ha tratado de hacer una filosofía de *El Quijote*. En libros no exentos de mérito —recuerdo en este momento *La Filosofía del Quijote* de David Rubio— se ha pretendido construir la filosofía implícita que yace en la genial obra de Cervantes. Pero en el intento —aún en el sentido de una filosofía como actitud vital, *lato sensu*— ha resultado fallido. Cervantes no se afana ni corre en pos de la sabiduría. No hay en toda la obra *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ninguna investigación metódica de la realidad universal en su puro ser en sí o como es en sí (no sólo como es para Don Quijote). El autor de *Don Quijote* no se muestra preocupado por darnos una cosmovisión, por brindarnos una explicación del universo por sus causas.

En cambio, cabe muy bien, a nuestro juicio, hacer una filosofía sobre *El Quijote* como obra de arte. *El Quijote* es una actividad expresiva y cristalizada que ha sido producida por el espíritu. Y esta obra de vida humana cristalizada, al ser contemplada por los espectadores, tiende a provocar los mismos o parecidos procesos que aquéllos que la originaron. La figura del hidalgo manchego tiene una cierta perfección ideal adecuada para elevar nuestros sentimientos vitales a una existencia más

libre y adecuada a los valores del espíritu. Percepción sensible, memoria, fantasía y gusto están gobernados en el proceso creador de Cervantes por una peculiar voluntad artística. *El Quijote* es la revelación de una actitud espiritual desconocida para todos aquellos hombres que no poseen la visión honda y virginal del artista. El caballero de la Mancha no es una creación de la fantasía divergente de la vida. *El Quijote* sólo se aparta de la vida para henchirla y enaltecerla. Y esto se realiza a través de ese caballero andante que se convierte en símbolo, es decir, en una figura que, además de lo que ella es en sí y por sí misma, desempeña la función de descifrar y evocar una constante humana.

Producto de una creación humana, *El Quijote* promueve, a su vez, la hechura del hombre. Y nosotros tenemos la certidumbre de que esa figura escualida que transitaba por los polvorientos caminos de la Mancha ha vencido la destrucción y la muerte y posee ahora un valor de eternidad.

El Quijote como obra de arte vive por sí solo y ostenta un sustrato material que está en el libro. Pero desde que salió de las manos de Cervantes empezó a vivir con una vida propia, cobrando existencia cada vez que se refleja en el espíritu de un lector comprensivo. *El Quijote* trae consigo un eco de la realidad, pero no debe su sentido artístico a lo que es como puro libro, sino a un "algo" virtual que representa o expresa en él se da una transposición del sentido.

Don Quijote, individualista hasta los tuétanos, afirma de bulto su personalidad, su libertad. Molido y maltrecho, vuelve a cabalgar siempre con nuevos bríos en busca de más audaces aventuras. Nunca perdió su tenacidad. Idealista profundo, no deja por ello de ser realista. Para el aumento de su honra y para el servicio de su república se hace caballero andante y se esfuerza por deshacer todo género de agravio. En la segunda parte del libro, Don Quijote paga en las ventas y no hace valer sus derechos de caballero, permite a Sancho que le contradiga y hasta comprende que alguien pueda considerar como más bella a otra mujer que no sea su Dulcinea del Toboso.¹

No es posible separar definitivamente a Don Quijote de Sancho, sin acabar por quitarles su significación.

Ambos forman el verdadero y único protagonista de la novela inmortal —observa el Dr. Sarbelio Navarrete—. En el curso de la lectura de la obra se piensa, a veces, que Cervantes tiene preferencia por Sancho;

¹ Recuérdese el capítulo XX de la parte segunda.

pero, en medio de los ridículos y desgraciados lances en que compromete a su héroe, se advierte en él un piadoso y entrañable afecto hacia aquel hijo seco, avellanado y antojadizo, que engendró su imaginación en la desolada tristeza de una cárcel.

Ni Sancho es un grosero materialista ni Don Quijote un idealista puro, extraño a las cosas de la Tierra.

Ese anacrónico caballero gótico del ensueño, con sus armas desusadas, que transita por los polvorientos caminos de Castilla en pleno Renacimiento, es un verdadero revolucionario. Contra burlas de grandes y pequeños, se alza su figura triste y macilenta, que va tras el eterno ideal del hombre. No se trata de letra, sino de espíritu. Y su espíritu—soplo de Dios vivo en el barro—vence siempre a su materia. Su carne se la deja a Sancho y él se queda con una chispa de cuerpo enjuto, encendida por una voluntad de no detenerse ante el obstáculo, en su propósito agónico de ascensión.

II- *El Quijote* del autor y *El Quijote* del lector

Nos gustaría poder seguir esa intuición cervantina de *El Quijote*, esa experiencia de la propia sustancia espiritual del alma quijotesca desbordante de belleza en orden a su encarnación o localización material del personaje. Pero la intuición de Cervantes es indescribible por inefable, arranca de las entrañas mismas de la belleza, de su alma de novelista.

Nos queda la expresión exterior, la obra. Y esta expresión exterior—obra humana—lleva la marca de su origen. Nacido de una experiencia vital, vida, por tanto, Cervantes quiere expresarse por signos portadores de vida, que aproximen al lector a la vivencia original. El sentido poético de *El Quijote* no es el sentido lógico y la novela nacida en la penumbra del recogimiento es ineludiblemente arcano. En el recogimiento de Cervantes, en las profundidades de su alma, tiene origen *El Quijote*: plasmación de inteligencia, deseo, intuición, sensibilidad y amor de un hombre y hasta de un pueblo. Ha dicho Goethe en fórmula certera: “Todo lo que es perfecto en su especie debe elevarse por encima de su especie, llegar a ser otra cosa, un ser incomparable”. *Don Quijote* es un universo que se basta a sí mismo, con una significación exclusivamente suya.

Conocemos de sobra el propósito de Cervantes:

...pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caba-

llerías, que por los de mi verdadero *Don Quijote* van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna.

Pero poco nos importa este propósito ante el verdadero germen espiritual de la obra que luego fue plasmada. Con *Don Quijote* surge por primera vez la novela moderna de costumbres y caracteres. Este manantial épico de la novela moderna es a la vez la mejor novela picaresca, la mejor novela realista moderna y la novela social española por antonomasia. Inventor de una nueva belleza, Cervantes alcanza las más elevadas alturas de poesía. En la seca y adusta llanura manchega, Miguel de Cervantes supo ver lo que otros no vieron. Encendidamente enamorado de Don Quijote, Cervantes no deja por ello de contrastarlo duramente con la realidad y hasta de maltratarlo brutalmente y mortificarlo innecesariamente, con el consiguiente disgusto del lector. Unamuno—un lector de *El Quijote* apasionado y apasionante—sale por los fueros del caballero de la triste figura y la embiste—en no pocas ocasiones—contra el mismo Cervantes. Si éste pudo decir: “Para mi sólo nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir”; aquél—no queriéndose quedar a la zaga—pudo exclamar:

...y yo digo que para que Cervantes contará su vida y yo la explicaré y comentara nacieron Don Quijote y Sancho; Cervantes nació para explicarla, y para comentarla nació yo...

Pero lo cierto es que Don Miguel de Unamuno apenas si hace caso del comentario objetivo y lógico de la obra. Le importa sobre todo recrear *El Quijote*, vivirlo en continuo vértigo pasional, ir al sepulcro del Caballero de la locura y deshacerse allí en lágrimas, consumirse de fiebre, morir de sed de océanos, de hambre de universo, de morriña de eternidad... Acude a *El Quijote* para buscar aquello que él lleva en sí. Y como la genial obra maestra cervantina es una arca riquísima en tesoros, don Miguel de Unamuno selecciona espontáneamente unas cuantas piedras preciosas que traspasan la malla de sus intereses.

El gozador del *Quijote* puede intuir el valor cuya expresión es la figura del andante caballero manchego: el modo y la perfección con que ha encontrado su expresión el valor del ideal caballeresco. Pero la actitud de los hombres ante *El Quijote* puede ser variadísima de acuerdo con la multiplicidad de las capacidades para intuir los valores estéticos realizados en el personaje. Los juicios de los críticos, la tradición, la moda y otros factores influyen en la percepción de la mayoría de los gozadores de la obra de arte. Y hasta se podría decir que en una nación, en una zona de un país o en una época, nunca se intuye sino un sector limitado de la esfera de los valores estéticos realizados en *Don Quijote*.

Entre el Quijote de Cervantes y el Quijote de cada lector estará siempre esa obra de vida humana objetivada, plasmada, cristalizada, que cabe contemplar desde diversas perspectivas y ofrece muchos aspectos de nuestra consideración.

Cervantes despreocupado de otros valores captables, se vuelve hacia el valor expresivo de un caballero andante archiespañol y por lo mismo profundamente humano. Busca la configuración pura, la forma evocadora de sentimientos unitarios y armónicos, la recta proporción, el equilibrio de los contrastes. No intenta revelarnos el ser en sí del Quijote, sino expresarlo, comunicarlo como criatura viviente de su espíritu. Y logra su objetivo. Por la pureza expresiva del sentimiento y por lo medularmente humano del personaje, Don Quijote agrada universalmente en el espacio y en el tiempo.

III- Don Quijote y el valor de lo Caballeresco

Los valores son cualidades que determinan las cosas. Cualidades con peculiares características: polaridad, diversidad específica y gradación jerárquica. Valor es aquel estadio o modo del ser que estriba en el sentido de excelencia, dignidad, importancia o jerarquía que le acaece en virtud de su adecuación a la ley teleológica, a la causa final que permea todo el orden ontológico. Una cosa vale tanto más cuanto se conforme mejor con el principio de su ordenación final. No se trata de cualidades ideales y absolutas que valgan fuera del dominio del ser en un reino irreal, sino de modelos o arquetipos ontológicos extraídos por la razón de la actualidad del ser y de su potencialidad de perfección; de su norma ideal inmanente contenida en su misma esencia. En rigor, nada hay negativamente valioso; el valor negativo sería un ente privado del ser, es decir, un no-ser. Por lo demás, resulta un contrasentido, un absurdo, que una persona se afane por realizar valores y se pase su vida realizándolos para que, a la postre, se le diga esta zarandaja: "Los valores no son, sino que valen". O son o no son. Si no son, no merecen ni la más pequeña partícula de nuestro aprecio.

Don Quijote, al intentar realizar el valor de lo caballeresco, se hace, por esta misma situación, portador de valor. El caballero es la encarnación del honor, valioso por valeroso, por realizador del deber, por honrado en su actuar, por defensor de la justicia, por amparador del débil contra el fuerte. Convierte a la mujer en el ideal más puro de sus amores y le profesa un culto idolátrico, desviándose del auténtico valor que perseguía y enturbiando su actuar. Del castillo feudal sale el caba-

llero andante, se arma de todas sus armas, abraza su adarga, toma su lanza y, en camino de glorioso alucinado, busca las aventuras por lo más intrincado de las selvas, en las más lóbregas encrucijadas y expuesto a las inclemencias del cielo. Combate a los malhechores, socorre a los indigentes, impone la paz y la justicia sobre la tierra. Y todo esto lo hace Don Quijote a la española, con era rara mezcla de orgullo y honor. Orgullo fatuo que genera su individualismo y anarquismo; honor acrisolado que gesta el personalismo hispano de tan alto valor. En el ejercicio de su elevado ministerio, Don Quijote se coloca por encima de toda autoridad. Por encima de él solo reconoce a Dios. Su lanza es su ley, sus bríos son sus fuerzas, su voluntad sus premáticas. España, el grande y heroico pueblo del *Romancero* y de los *Canteres de Gesta*, se impregnó del espíritu caballeresco aunque la caballería no se haya establecido propiamente en su suelo.

Hay en *El Quijote* como un hacerse del interior espiritual al exterior corporal. Vive desde sí y para todos. Es un *hijo dalgo*, es decir, un hijo de bien. Mi maestro en la Universidad Central de Madrid, Alfonso García Valdecasas, ha explicado que el concepto de *hidalgo* —radicado en el tiempo— hace referencia a un pasado, a una continuidad, a una sucesión. El tener ascendientes nobles no es más que una causa de obligación. Cada cual, por consiguiente, tiene que ser hijo de sus propias obras y justificarse por ellas. Las obras consisten en la acción esforzada, no en el resultado ni en el éxito. Reiteradamente formula Cervantes estos principios: "Cada cual es hijo de sus propias obras"; "la verdadera nobleza consiste en tu virtud"; "la honra puédelo tener el pobre, pero no el vicioso". Un caballero, para Don Quijote, es aquel que, "siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador y, sobre todo, caritativo, que con dos maravedises que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que a campana herida da limosna². La generosidad de alma y el desprecio del éxito es algo muy quijotesco e hispánico. Lo que verdaderamente importa es la obra y el esfuerzo producidos por el ser; el éxito o el fracaso no están determinados por la virtud, sino que en sus efectos interviene la fortuna. Amonestando a Sancho, dice Don Quijote: "Bien se parece, Sancho, que eres villano, y de aquellos que dicen: ¡Viva quien vence!". Como buen hidalgo, Don Quijote se cuida más del ser que del parecer, y a solas consigo mismo es más hidalgo que nunca. Está siempre por encima de los convencionalismos y del éxito, dependiente sólo de su propia persona y de Dios. Su honor

² Parte II, capítulo IV.

es más sustancial que él mismo. La honra es para "el Caballero de la Triste Figura" cosa de vocación. Abnegado y desprendido sin proponérselo, está listo siempre para defender cualquier causa justa. Obra conforme a su conciencia —norma próxima de moralidad— y esto le salva aunque tuviese conciencia errónea.

¿Por qué sigue Sancho a Don Quijote? He aquí la explicación de García Valdecasas:

El cazarro Sancho le sigue y le quiere, no ciertamente por loco, sino por hidalgo. Toda su gramática parda y sus infinitos refranes no pueden impedir que Sancho se sienta arrastrado a seguir a Don Quijote. Ni salarios al contado, ni insulas prometidas bastarían para explicarlo. Lo explica el natural señorío del hidalgo, que despierta en quienes están en torno de él las virtudes dormidas, y suscita en cada uno lo mejor que puede dar de sí.³

Lo que en el español hay de humano, su eterna y universal humanidad, trasparece en *El Quijote*, cristalización perenne de la grande y heroica cultura ibera. No se trata de un libro deprimente, ni de una sátira contra las esencias heroicas que informaban la caballería medieval; siempre generadoras de nobles y abnegadas acciones. En Madrid, el día 23 de abril de 1948, tuvimos la satisfacción de escuchar de viva voz de don Ramón Menéndez Pidal, Director de la Real Academia Española, un discurso titulado *Cervantes y el ideal caballeresco*, cuyas últimas palabras deseamos ahora reproducir:

Es apreciación muy incompleta toda aquella que se detiene en la burla de la caballería andante y no percibe la complicación del tipo quijotesco: cuerdo cuando raciocina, mueve a profunda y melancólica simpatía, haciendo deseable la santa sed de Justicia, de Verdad y de Belleza que él propugna; loco cuando obra, se capta todavía nuestra admiración por su inquebrantable fé, por su inagotable energía, por su martirial poder de sufrimiento, que nos edifica y fortalece. El invencible entusiasmo del vencido caballero es donairoso y grave doctrinal de tenacidad heroica ante los ideales más arduos, los únicos dignos de tal nombre, los que hoy son un sueño inasequible y sólo se harán asequibles en un futuro mejor.

Todo esto está muy bien, a condición de no caer en aquel empeño de Unamuno de hacer del quijotismo una religión nacional. *El Quijote* nos proporciona descanso en la lucha de la vida, creando a nuestro alrededor una zona ideal y estética. Por eso se le experimenta como "catarsis" y como liberación, pero no como salvación. La liberación

³ Véase "El hidalgo y el honor" Ed. *Revista de Occidente*, pp. 52-53

que ofrece es artística, no real; es un desviar los ojos de la amenaza, no una destrucción de la misma. De ahí que *El Quijote*, como el arte en general, no puede asumir veces de realidad y menos de religión. Nos quitará, y ya es bastante, el fardo de la existencia por unos momentos, para que, fortalecidos, podamos recomenzar el asalto de la altura. Contra el quijotismo como religión, de Unamuno, proclamamos el quijotismo como espíritu tutelar de nuestra cultura hispánica.

IV.- Nuestro Quijotismo

Una actitud vital hispánica

Con pié en los hidalgos españoles de su tiempo, el genio de Cervantes prototipiza en Don Quijote la figura ideal del caballero hispánico. Su generosidad, su cortesía, su seriedad y buena fe, su religiosidad interior y respetuosa le configuran como un señor caballero.

Absorbido en la visión de una recta ascendente, este *bombre gótico*, henchido de misericordia, combate con follones y malandrines. Don Quijote vive en tensión constante con la dura realidad y en continua comunión con la amada idealidad. Es un hombre medieval que vive en el Renacimiento. En esta inadecuación estriba su tragedia. Subsumido en la eternidad de su mundo sereno e inmutable, era natural que chocara con los fragmentos de un realismo verista.

Don Quijote se hizo caballero andante no por azar ni locura, sino por amor a la justicia, por llevar el bien a todas partes, por sincera cristiandad, por arrojo a toda prueba. Antes de hacerse caballero ya había en él un caballero ingénito. Era cuestión de necesidad, de vocación. En la plenitud de su vida estética, Don Quijote no causa —no debe causar— risa ni lastima, sino veneración. Es posible que en sus inicios, el personaje cervantino haya sido presentado como objeto de burla, pero llega un momento en que el autor exclamará: "Para mí solo nació Don Quijote, y yo para él, él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para uno."

Loco estaba Don Quijote porque no pensaba como el común de las gentes. Loco porque no se acomodaba a la realidad de todos aquellos "cuyos pensamientos jamás habían sobrepasado la altura de sus sombreros". Su realidad estaba en otras regiones donde no podían respirar los barberos, los bachilleres, los duques y los arrieros.

A Don Quijote no le interesaba el éxito, sino el esfuerzo. Derribado por el caballero de la Blanca Luna, hace constar ante Sancho: "Atrevime, en fin, hice lo que pude, derribáronme y, aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra".

Convencido de su ideal caballeresco y de la noble misión que tenía que llevar a cabo por las llanuras del Planeta, Don Quijote ofrenda su sangre y su vida a la conquista de un ideal. Tiene conciencia de su misión:

Has de saber, Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada o de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos.

Observa David Rubio que Don Quijote, al revés de Hamlet, no razona su misión, se ha apoderado ya de su corazón, y como la Humanidad en la Edad Media, creyéndose guiado por la mano de Dios, seguirá hasta el fin de su jornada, dejando el ejemplo más grandioso de fe y de valor de su voluntad como no hay otro en la Historia. "Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo es imposible", solía decir el hidalgo manchego. Quiso resucitar la ya muerta andante caballería, y tropezando aquí y levantándose acullá, cumplió gran parte de sus deseos socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos.

Don Quijote es un héroe cristiano. ¡Entiéndanlo y no se quieran desentender de ello los amantes de la literatura universal! Comprende y práctica, a la manera cristiana, la doctrina del sacrificio. Cree en la Providencia:

Más con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tanto en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos del aire, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos.

El reposo, el regalo y el buen paso se inventó para los blandos cortesanos, no para Don Quijote. Para él, sólo el trabajo, la inquietud y las armas. A cielo abierto, sudando y afanando, este caballero cristiano pone en ejecución el bien y se siente como brazo por quien se ejecuta, en la tierra, la justicia de Dios. Sus intenciones siempre las endereza a buenos fines, que son de hacer bien a todos, mal a ninguno.

Sobre las ruindades de la vida, nuestro caballero andante pone siempre el ideal. Una fe inquebrantable en el bien, en el triunfo de la justicia, en el valor de la voluntad y en la nobleza del sacrificio le guían siempre. Como auténtico varón, Don Quijote proclama sus deberes:

...matar en los gigantes la soberbia; a la avaricia y envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a los que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos pueden hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros.

Aunque fracase mil veces, Don Quijote no altera su regla: su fuerza al servicio del bien. De esta manera convierte cada fracaso en triunfo de la conciencia.

Ha dicho nuestro gran Vasconcelos que:

...con *El Quijote* dió España a la Humanidad uno de sus libros fundamentales. En cada hombre hay algo de Quijote, no importa cual sea su raza; pero en el español se acentúan sus rasgos, y en todo aquel cuya alma se ha forjado en el lenguaje de Castilla. Por eso puede afirmarse que *El Quijote* es tan hispanoamericano como es español. Y tanto España como nosotros, por la común posesión del idioma cervantesco — así no hubiese ligas de sangre —, tenemos en *El Quijote* un tesoro que crea linajes de espíritu. Pocos pueblos cuentan con ventaja parecida... *El Quijote* estaba ya en América, pese a que no llegó a visitarnos Cervantes; vino aquí como adelantado de la raza y fue misionero y capitán; vino en la esforzada voluntad de Hernán Cortés, un Quijote al que le salió bien la osada aventura... Y aunque toda la obra colonial de España se perdió para la metrópoli en lo material, el Quijote que guió la conquista, el Quijote que después, durante la colonia, expidió las leyes de Indias, el monumento jurídico más piadoso que vieron los siglos; el Quijote que más tarde hizo la independencia política, subsiste en nuestra historia...

Es típico del iberoamericano aceptar la pelea por una causa justa, sin plantearse el problema del triunfo o de la derrota. De antemano está dispuesto a sufrir el fracaso, si el honor le impone librar la batalla. Para que siga adelante la fe y la exigencia del bien, arriesga su comodidad y la vida misma.

Por Hispanoamérica nunca ha hablado el éxito económico, ni la potencia guerrera, ni la ambición de mercados. Es el noble espíritu quijotesco el que nos mueve a alzar nuestra voz, a abrazar nuestra adarga y

embestir con nuestra lanza a esta tierra plagada con molinos de iniquidades. Y de esta locura gloriosa no nos podrán curar nunca.

V.- Hacia una axiología de *El Quijote*

Como Cervantes, también los lectores acabamos por amar —y no secretamente— la actitud del hidalgo. Mucho se ha dicho sobre la quijotización de Sancho Panza, pero hay un hecho más radical y primario: la quijotización de Cervantes. El autor casi desaparece en aras de su ente de ficción. Y queda sólo un mensaje de heroísmo, una dichosa embriaguez ante el valor de lo caballeresco.

Es tiempo ya de afirmarlo: lo esencial de Don Quijote —el núcleo de donde dimana toda su acción— es eso: el sentirse portador de un valor personal: lo caballeresco. Todo el afán de ejercitar su voluntad sobre su contorno, todas sus esperanzas de reformador, provienen de su intuición de los valores espirituales en cuyo favor sacrifica todo valor vital.

Gusta Don Quijote de hacerle a Sancho observaciones axiológicas. El valor se basa en el bien realizado:

Sábetese Sancho que no es un hombre más que otro sino hace más que otro”. Y hasta se permite señalar una jerarquía de valores: “Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante. (I, XVIII)

Desde 1955 insistíamos ya, en nuestros artículos publicados en diversos diarios mexicanos, que Cervantes empleaba la palabra “valor” en un sentido axiológico próximo al sentido actual. En 1957 ha publicado un libro Santiago Montero Díaz —Cervantes, compañero eterno— en el cual comenta aquel pasaje (1^a, 27) del Quijote: Lucinda a Cardenio. “Cada día *descubro* en vos *valores* que me obligan y *fuerzan* a que en más os *estime*...” El Doctor Montero Díaz apunta:

“Como en Shakespeare emplease ya la palabra valor en riguroso sentido axiológico, es decir, designando una cualidad irreal de alguna manera indicada en un objeto. Obsérvese, además, que estos *valores* son *descubiertos* y estimados en riguroso acuerdo con el esquema de toda toma de posición ante un valor descrito por los axiólogos modernos y, finalmente, obsérvese que el breve pasaje comentado alude, para que nada falte, al carácter fundamental de forzosidad de los valores, que se imponen por su propia jerarquía. Tres notas, en un solo pasaje,

esenciales a la teoría de los valores: calidades incorporadas a un objeto, estimación y forzosidad”.⁴

Hasta ahora no se ha hecho —que yo sepa— un estudio rigurosamente axiológico sobre *El Quijote*. Y, sin embargo, toda la estructura de la novela parece descansar sobre la noción del valor. Pero no de valor en el sentido de una forma *apriórica* vacía de contenido real, o como una segunda especie de entidad o subsistencia ideal, distinta e independiente de la realidad del ser. Frente a las actitudes del psicologismo, formalismo y autonomismo del valor, Cervantes se orienta hacia una concepción metafísica. En la estructura óptica va ya incluido el valor. Trátese de una manifestación activa del ser, de una ordenación del ente fundada teleológicamente. El basamento de lo caballeresco no está flotando en un mundo etéreo de esencias alógicas, sino que tiene su soporte en el mundo real.

Vayan, como ejemplo, estos expresivos textos: “A esto puede decir que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado”. “La honra puédelo tener el pobre, pero no el vicioso”. “Cada uno es hijo de sus obras”. “La virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale”. A lo largo de toda la obra cervantina, el honor aparece como mero apéndice de la virtud. La dignidad del hombre no pende de la fama, de la opinión, de los galardones o de cualquier otra circunstancia externa, sino de la intimidad de la virtud personal. No hay porque concluir, como lo hace Américo Castro, que la moral naturalista y estoica da frutos originales en Cervantes y que la psicología de sus personajes —empirismo, relativismo y “engaño a los ojos”— nos lleva a los estados de espíritu más exquisitos dentro del Renacimiento precartesiano.⁵ Es claro que su flora temática crece en el clima histórico renacentista, pero recuérdese que el Renacimiento español— Renacimiento *sui generis*— no rompe con la tradición medieval en lo sustancial, en las ideas-madres. La ética de Cervantes es una ética cristiana. El ideal caballeresco del Medievo persiste y se salva en *El Quijote*, “que sólo satiriza —como lo han apuntado casi unánimemente todos los críticos contemporáneos— los desvaríos y excesos idealistas, en lo que son contrarios a la razón y al sentido de la realidad”.

⁴ Santiago Montero Díaz, *Cervantes, compañero eterno*. Editorial Aramo, Madrid 1959, pp. 184, 185

⁵ Véase *El Pensamiento de Cervantes*, Madrid, Casa Editorial Hernando, 1925, p. 387

¡No! Don Quijote no es un hombre erasmiano, renacentista; es un caballero cristiano encendido por nobles afanes de ejecutar “el bien de la tierra”, “con el valor de nuestros brazos y el filo de nuestras espadas”. Su moral es inconfundiblemente cristiana; dígalo, si no, este pasaje:

Hemos de matar, en los gigantes, a la soberbia; a la avaricia y envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros.

No hay duda alguna, Don Quijote tiene clara conciencia de ser portador del valor de lo caballeresco:

Yo nací por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro... yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valores hechos.

No importa que tenga un físico débil; la debilidad de su físico la suplirá con el gran temple de su alma. Lo que cuenta es la lucha contra los obstáculos que se oponen a la felicidad común. Viejo y achacoso por su cuerpo, el caballero manchego vive anímicamente sueños e ilusiones de mozo. Esta mezcla inesperada de vejez y de juventud es la fuente de la *vis* cómica de Don Quijote. Y, sin embargo, más allá de toda comicidad, habría que exclamar con Merimée: “¡Ay! Del que no haya tenido alguna idea de Don Quijote ni corrido el riesgo de verse apaleado o ridiculizado por enderezar entuertos!”.

“España —dijo una vez Nietzsche— es un pueblo que quiso ser demasiado”. La característica del siglo XVI estriba en una voluntad de ideal y de fe que se superpone a la realidad, a la evidencia que suministran los sentidos y el raciocinio natural, “como en los cuadros del Greco hay una espiritualidad que no tienen graciosamente las figuras, sino que quieren tenerla, y por eso la alcanzan”⁶.

Cervantes, con los ojos bien abiertos, contempla a su alrededor la pobreza de España y la fatiga de sus caballeros: todo lo que le circunda aparece derrengado y jadeante. Tal vez sea necesario marcar el alto. Pero ahí está el arrebatado de la voluntad española, el designio de realizar increíbles hazañas.

⁶ R. de Maeztu.

Don Quijote —escribe Ramiro de Maeztu— es el prototipo del amor, en su expresión más elevada de amor cósmico, para todas las edades, si se aparta, naturalmente, lo que corresponde a las circunstancias de la caballería andante y a los libros de caballería. Todo gran enamorado se propondrá siempre realizar el bien de la tierra y resucitar la edad de oro en la de hierro, y querrá reservarse para sí las grandes hazañas y los hechos valerosos. Ya no leeremos *El Quijote* más que en su perspectiva histórica; pero aún entonces, cuando no pueda desalentarnos, porque lo consideraremos como la obra en que tuvieron que inspirarse los españoles cuando estaban cansados y necesitaban reposarse, todavía nos dará otra lección definitiva la obra de Cervantes, la de que Dante se engañaba al decirnos que el amor mueve el sol y las estrellas. El amor sin la fuerza no puede mover nada, y para medir bien la propia fuerza nos hará falta ver las cosas como son. La veracidad es deber inexcusable.⁷

En el mundo cervantino, la esfera de lo real colinda, por una parte, con el hemisferio de la ilusión, y por otra parte, con el del ideal. Y esto nos da como resultado lo que el alemán Joseph Bichermann, en su libro *Don Quijote y Fausto*, ha llamado *el hallazgo de un mundo trino* en el hombre por parte de Cervantes.

Don Quijote no es un ser que husmea lascivamente dentro y fuera de sí, si no un ser que vive, es decir, un ser que quiere realizar la vida integral. Sin eludir ni renegar de la condición carnal de lo humano, tampoco la exalta y sublimiza; le basta con suponerla... Sus ojos esperanzados siempre están vueltos hacia las alturas.

¡Sí! El Caballero de la Mancha es un loco, un extraviado; pero su locura no se origina en sus altos ideales ni toma pié en sus esfuerzos apasionados. Se trata simplemente del mucho leer la letra muerta de libros extravagantes. Y la realidad se venga cruelmente de él con el molino de viento que no reconoce como tal. Fuera de este punto ciego de su conciencia, ¡qué discreto, qué noble, qué delicado es Don Quijote y cuántas cosas sabe! ¡Cuidado! ¡No hay que burlarnos! “Cualquier hombre que pasa a nuestro lado es un posible Don Quijote, sólo que de tipo y calidad inferior”⁸.

Dos ideas directrices presiden la estructura espiritual de Don Quijote: ecumenicidad e institucionalismo personalista. El caballero español no se conforma con la idea de luchar contra un mal localizado en su país y en su tiempo. Quiere servir a todos los pueblos, a la Cristiandad y a todos los tiempos venideros. Su reforma del mundo la confía a

⁷ *Don Quijote, Don Juan y la Celestina* Colección Austral, 4ª. Edición, p. 72.

⁸ J. Bickermann, *Don Quijote y Fausto*. Editorial Araluce.

una institución: la orden de la caballería andante. Pero esta institución deberá reposar en los valores personales del caballero: "Sábeta, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro".

Cuando acompañamos a Don Quijote en su evasión de la realidad retornamos más ávidamente a ella, para enraizarnos en la tierra de lo eternamente humano. Después de acompañar a este héroe derrotado por las inclemencias de la suerte, nos queda un sedimento familiar, comprensivo profundamente humano... Ya podemos contemplar la vida y los hombres "con ojos conmovidos, húmedos de emoción, con la luz entre irónica y oleosa de una limpia melancolía". ¡Lagrimas! Tal vez algunas afloren a los ojos pero impregnadas de sal, saturadas de compasión por los hombres.

"¿Por qué *El Quijote* es la obra maestra de la ironía? —pregunta Alomar en sus *Notas al margen de mi Quijote*— Todo el hombre está aquí... Por eso muestra este libro maravillosamente la identidad matriz de ideal y real, o sea de imagen y cosa; porque se ve despuntar bajo las cosas su identidad con nuestra propia naturaleza, y se las ve acomodar su forma al molde de nuestro espíritu. Por eso también en *El Quijote* se inicia la modalidad de los tiempos modernos, hechos de ironía y contraposición, de hipótesis y duda".

Concluimos la lectura de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* y pensamos que ideal y vida no son dos polos irreconciliables: el ideal viene a ser como la luz que ilumina la vitalidad. A través de la inserción del ideal en un ser viviente individual, se realiza esa iluminación. Y hasta cabe hablar de unos "ideales de la vida" y de una "vida de los ideales". El valor de lo caballeresco llegó a erigirse en rector de la vida de Don Quijote, señalándole, como ideal que es, un rumbo por seguir. Pero la promoción de su ser viviente hacia su objetivo debiese a su esforzada voluntad, al calor propio de su emoción vital.

Ninguna otra novela, como *El Quijote*, provoca con mayor intensidad la voluntad de superar las barreras entre la obra y el sujeto, invitando a la intropatía. A su profunda significación une un valor abierto a la *Einfühlung*.

A la realidad primordial de la vida diaria, Cervantes superpone una esfera o estrato de fantasía que, aunque choque con la realidad tangible, se articula con ella. Don Quijote y Sancho conceden al mundo imaginario de la caballería una dimensión de realidad. Argumentos no faltan. El hidalgo manchego aduce en su favor el universal reconocimiento y autorización de la caballería andante y los testimonios de cientos

libros de impresos con licencia real. La sub-realidad quijotesca está caracterizada por peculiares modificaciones al espacio, al tiempo y a la causalidad. Aunque quienes aguarden a Don Quijote, en la entrada de la cueva de Montesinos, afirmen que sólo estuvo dentro, poco más de una hora, el Caballero de la Triste Figura está convencido que pasó en ella tres días. Resulta muy natural el conflicto que se suscita entre el mundo de Don Quijote y el mundo de los otros. Aunque para Don Quijote su mundo sea un mundo lleno de sentido, para los demás —y no me refiero aquí a los altos ideales sino a las extravagancias— se trata de un mundo de locura. Para mantener la dimensión de realidad de su mundo, Don Quijote recorre al hecho del encantamiento, como obra de su archi-enemigo el Mago Frestón, siempre que choca con la realidad primordial.

Un día cayó vencido Don Quijote al ímpetu del Caballero de la Blanca Luna. Y la tenue luz de su ocaso le dispuso a recibir la plena luz del sol.

Yo me siento, sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría conformar esta verdad en mi muerte (II, 74)

Cualquier que haya sido su locura —y no la fue por haber querido realizar altos valores—, no desea acreditarla en la muerte. Lejos de entregarse a cruel desesperación, supo sufrir con paciencia y hasta con dulzura. He aquí su último mensaje, que podría ser el mismo de Job: *Post tenebras spero lucem*. Después de las tinieblas espero la luz.

Nuestros tiempos han ido formando un verdadero culto a la vida. De tanto buscar las fáciles satisfacciones y el "confort" a todo precio, se ha desembocado en un simple "spleen" sentimental, en un terrible hastío de la vida. En medio de esta confusión moral y política, contemplemos una vez más a Don Quijote. Ridículo a veces por sus extremos de locura, digno de lástima por sus frecuentes descalabros, es noble, es digno, es idealista, esforzado, desinteresado, merecedor en todos los conceptos, de mejor suerte. Se entregó, sin reservas ni claudicaciones, a su nobilísima empresa. ¡Qué importa que no haya obtenido lo que el común de las gentes llaman trofeos, si logró una victoria que su fiel Sancho juzgara la más valiosa: la victoria sobre sí propio! Su solución es, en definitiva, la solución del desinterés y de la justicia. Nos enseñó a pasar sobre el propio yo, que es el hombre rudimentario; a vencer al hombre egoísta, que todo lo calibra por el interés; a triunfar sobre el yo meticuloso, que se lisonjea con atribuir a la prudencia su

flojedad y su tardanza. Sin negar al bien útil su parte de bondad, supo subordinarle al bien honesto, como medio al fin. Contra los acomodaticios de toda laya, prefirió la buena esperanza a la ruin posesión⁹. Vencedor o vencido, el buen caballero acreditó con sus obras, sus palabras¹⁰. Es incapaz de hacer traición a su programa, aunque postrado en tierra vea blandir sobre su rostro la lanza del rival:

Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.

¡Te equivocas, Don Quijote, la honra no te ha sido quitada! La victoria material, en buena tesis, no concede derechos. Has perdido una batalla, eso es todo, pero has ganado la unidad de un enjambre de pueblos que hablan tu mismo idioma, has enarbolado un ideal que conserva la voluntad personal dentro de la voluntad de Dios y que une el mundo de los acaeceres en el que todos padecemos, con el mundo de los sueños, en el que estamos solos. Los hombres ya no se podrán olvidar de Don Quijote cada vez que renueven sus sentimientos de hidalguía y de honor ¡Y honra, verdadera honra de hijos de Dios, es lo que está necesitando el mundo de nuestros días!

⁹ II, 7.

¹⁰ II, 66

LA MUJER EN LA POÉTICA DE URREA

Mtro. Alejandro del Bosque
División de Humanidades
y Ciencias Sociales
ITESM –Campus Monterrey

La producción poética del español Pedro Manuel de Urrea (1486-1530) se conserva reunida en tres impresiones antiguas: el *Cancionero* viejo de 1513, la *Penitencia de amor* (1514), y el *Cancionero* nuevo de 1516. Está conformada por una diversidad de géneros que campean entre lo religioso, alegórico, didáctico, personal y burlesco. (Asensio, XXVIII)

Varias obras del *Cancionero* (1516) de Urrea van precedidas por una serie de epístolas que cumplen con la función de prologarlas. En las epístolas-prólogos, el autor esgrime su derecho, como integrante de la nobleza española¹, a expresarse poéticamente sin restricción alguna. La defensa inusual de su oficio poético en esa época constituye, en opinión de Isabel Toro Pascua, una innovación ideológica. En dicha defensa percibimos el influjo intelectual de la mujer (la madre del poeta), quien desempeña un rol significativo en la publicación de su obra.

Para valorar esta influencia, que podría considerarse inconcebible en la Baja Edad Media, es necesario describir, en primera instancia, la teo-

1 En España, señala Roger Boase, “la nobleza se dividía en tres grados: ricos-hombres, hidalgos y caballeros. Los primeros se distinguían por la posesión de sus estados territoriales y de altos cargos en la Corte; los segundos, por su linaje noble; los terceros, por su condición de caballero.” (31) Urrea encajaría particularmente en el segundo grado debido a que su padre “dejó el cogollo de sus riquezas al mayorazgo Miguel” y el poeta sólo “heredó Trasmoz, aldea situada en las faldas de Moncayo...” (Asensio, XVIII)